

ENRIQUE BALLESTER

OTRA
ENTREVISTA
DE
FÚTBOL

En portada, Enrique Ballester, delante de un cartel que prohíbe jugar a la pelota en una plaza.

En la página 5, sus dos últimas recopilaciones de columnas, “*Barraca y Tangana*” (2018) y “*Otro libro de fútbol*” (2020).

En la última página, Castalia (campo del Club Deportivo Castellón), celebrando el ascenso a Segunda división B, en 2018.



A priori, el fútbol parece ser una pequeña parcela dentro de la vida. A priori, esta, la vida, se podría dividir en secciones de peso como el trabajo, la familia, el amor, o los sábados por la noche. A priori, el fútbol son veintidós hombres tras un esférico. A priori, hay muchas cosas que cambian a posteriori. A posteriori, la vida se divide en trabajo, familia, amor, sábados por la noche, viernes por la tarde y fútbol. A posteriori, puede que el fútbol no sea una parte de la vida, sino que vayan a la par. A posteriori, el fútbol es vida y la vida es fútbol, y a este es imposible definirlo de una sola vez. Enrique Ballester, entre otras cosas, se atreve a hacerlo poquito a poquito, todos los domingos.

Por Carlos Gómez

“*LO BONITO DEL FÚTBOL*”

Antes de mediar palabra, una de las columnas que cada domingo escribe para *El Periódico*, toma forma tras la pantalla del ordenador por donde el periodista y Enrique Ballester se encuentran a las 23:00h. de un martes de Champions. *El Cuadradito* se puede divisar perfectamente y, con algo de lectura entre líneas, los córneres, las líneas de banda, las áreas y el círculo central están claramente definidos. Balones tampoco faltan ni, por supuesto, porterías. Ese salón de la casa de Enrique es el que, durante los días de cuarentena, tomaba la forma del mismo Santiago Bernabéu, Wembley o Allianz Arena para albergar los partidos que batían en duelo a él y su hijo, contra su mujer, Delia (a la que terminó de conocer gracias a esos partidos) y su hija.

Es martes de Champions (que no uno cualquiera), y el hecho de que se le denomine así sirve como justificante de una idea que siempre ha mantenido el entrevistado: “el fútbol ordena nuestra vida”, cosa que explica con más detenimiento. “En mi caso es así. Yo cuando pienso en algo del pasado, no lo hago en años naturales, lo hago en temporadas. Parece una tontería, pero te estructura un poco la vida. Si el domingo hay partido, te ordenas la semana, te organizas para poder estar libre en esas dos horas”. Además, no solo ordena, el fútbol espera. “Puedes enamorarte,

cambiar de ciudad o sufrir algo que te haga desconectar durante un tiempo. Pero cuando vuelves, él [fútbol] siempre está ahí y tu equipo está ahí. Y nadie te pregunta. Cuando vuelves al estadio tras unos meses sin ir, enseguida eres uno más, la gente te abraza a los cinco minutos. Eso está muy guay. Minipunto para el fútbol”.

Enrique Ballester es una de esas personas que ama el fútbol y sabe expresarlo, capaz de obtener una analogía entre cualquier cosa de la vida cotidiana y el fútbol, cosa que, a priori, nadie ve, pero que, a posteriori, cobra todo el sentido del mundo. Y lo hace a través de la literatura, herramienta que, durante su vida, ha ido de la mano con el fútbol y viceversa, y por eso le sirve para explicar este deporte a través de la vida misma y la vida a través de este deporte. “El fútbol y la literatura no son elementos estancos. Yo no he conocido la literatura sin hablar de fútbol, no he conocido la vida sin que me guste el fútbol y no he conocido el fútbol sin tener el impulso de contar lo que me pasa. Por eso, me resulta natural juntar todo eso en una coctelera y hacer un artículo que sea un poco literario, un poco futbolero y que posea una reflexión vital. Yo escribo sobre mi vida, y en mi vida siempre ha estado presente el fútbol. Por eso me sale naturalmente”.

Debido, quizás, a esa naturalidad y a que escribe, como detalla, sobre su vida (lo que conlleva escribir de fútbol), todo el mundo al que no le guste este deporte es apto para deleitarse con “*Barraca y Tanganera*” (2018) y “*Otro Libro de Fútbol*” (2020), dos recopilaciones de las columnas que escribe en *El Español* y antes, hasta 2019, escribía en *Levante-EMV*. “Cada vez más”, admite, “tengo lectores que no son futboleros y que quizás me lean por esa parte vital que tengo en mis columnas. A veces, me dicen que no les

tiene varias ventajas; primero, que mis jefes de Madrid o Barcelona me ven como una cosa exótica y alejada y me dejan a hacer lo que quiera; segundo, que no tengo la dependencia de tener que cubrir la actualidad de Madrid o Barça en la que quizás estés más cohibido; y tercero, que el lector se acerca a mí sin prejuicios hacia que yo sea de un equipo u otro. Yo ahora hago un chiste sobre Messi o Ansu Fati y nadie lo asocia a que soy madridista, lo asocia a que soy idiota, nada más. El hecho de escribir en un periódico genera-

Por muy bonito que escribas, si no tienes nada que contar, no vas a escribir bien. Y, finalmente, la forma, el estilo de cada uno. Yo, con el tiempo, he tendido a limpiar mucho mi escritura. Me obsesiona el ritmo, que sea ágil, musical, que vaya saltando de frase en frase, de párrafo en párrafo y te lleve hasta el final. Si hay una palabra corta y otra larga que significan lo mismo, me voy a quedar con la corta, con la que me entienda más gente. He tendido a dejar de demostrar a la gente que puedo hacer frases muy largas, estructuras complejas o palabras enrevesadas y he optado por lo que creo fundamental, que te entiendan”.

Esta afirmación parece chocar un poco con la aparente tendencia que hay a calificar un texto mejor que otro por el hecho de usar términos más complejos. “Puede que el uso de palabras enrevesadas tenga más prestigio en cierto círculos, como en la crítica. Pero ahora hay una tendencia a quejarse por todo porque sí y parece que eso da más prestigio como pensador. Me da un poco de rabia esa queja. Parece que si no te entienden y te quejas por todo, eres ‘el Señor Pensador’ y tienes la verdad absoluta”.

Ser columnista es hablarle al mundo cada cierto tiempo, por uno mismo, sin responder por nadie y mostrando una opinión que puede ser diferente a las tantas que se hallan entre los lectores. Por las columnas pasan personas, situaciones, lugares o sucesos ante los que, de no coincidir con el lector, se está solo en el ojo del huracán. No sería descabellado pues, pensar que a un columnista le temblara el pulso antes de realizar su composición, sin embargo, Ballester siente todo lo contrario. “¿Responsabilidad? Ni la siento, ni la quiero. Y además, es mejor no pensar en ella. Uno de los primeros mandamientos de alguien que escribe es no hacerlo pensando en la reacción de los demás, porque si no, de alguna manera, te acabarás amoldando a las opiniones ajenas, autocensurándote... Esto es un peligro que está muy presente ahora con las redes sociales, donde el feedback es constante y hay una pequeña dictadura del ‘Me gusta’ y del ‘Retweet’. Por suerte o por desgracia, la gente que me ha pagado por escribir nunca lo ha hecho pensando en el número de comentarios o visitas que pueda tener. Nunca me han pedido que titule algo de cierta forma para ganar tráfico. Tengo total libertad para escribir sobre lo que quiera cada semana (algo que, a cada año que pasa, me sorprende un poco más), nunca me han pedido escribir sobre un Clásico cuando lo hay o una final de Champions. Y digo por

“NO HE CONOCIDO EL FÚTBOL SIN TENER EL IMPULSO DE CONTAR LO QUE ME PASA”

gusta el fútbol, pero les gusta lo que escribo, o que lo único del fútbol que les interesa es lo que yo hago, cosa que, para mí, es un alago. Cuando empecé, no sabía si la gente me leía por ser de mi ciudad y escribir del Castellón o porque lo que escribes tiene un valor, más allá de la bufanda. Entonces, cuando empecé a abrirme a un público más amplio con el que no tuviera la afinidad de haber vivido lo mismo, en la misma generación y en la misma ciudad, es cuando me di cuenta de lo universal que es el fútbol. La gente conecta contigo desde otro lugar geográfico, desde otra edad, otros gustos, pensamientos... E incluso sin saber de fútbol, saben lo que el juego provoca en los demás. Y al final eso es lo que a mí me interesa, transmitir lo permanente, no solo el momento exacto. Que a partir de un partido o un gol en concreto, se puedan tocar temas universales con gente distinta. Esa es también la grandeza del fútbol”.

La universalidad del fútbol es esa que ha permitido que alguien que escribe de su vida, una ligada a su ciudad y a un equipo como el Castellón, pueda ser leído y comprendido por gente de España y Sudamérica. ¿Qué hubiera pasado si, en vez del Castellón, Enrique Ballester se viste de ‘merengue’ o ‘culé’ para realizar su trabajo?, ¿Cómo ha influido en su carrera ser y, por lo tanto, escribir del Castellón? “En general, creo que me ha podido beneficiar. He podido escribir de algo que me apasionaba y de algo que he conocido mejor que nadie porque lo he vivido desde niño. Como hemos hablado, muchas de estas cosas que yo he vivido en Castellón, luego son universales, y con ellas se han visto identificados muchos lectores. Aparte, esto

lista y no deportivo, también es superar un filtro. Yo estoy muy contento aquí en Castellón. He publicado con mi editorial favorita, he trabajado para mis medios favoritos, tengo a mis amigos y mi familia aquí...”.

Y es que una vida ligada al fútbol da para mucho y, sobre todo, para escribir durante mucho y de una manera constante, concretamente, cada domingo, sin tener la opción de fallar. “Es algo que tengo como rutina. Yo empecé a hacer columnas estando de Erasmus en Suecia, siendo estudiante, y, desde entonces, he escrito, como mínimo, una columna de opinión a la semana. Por lo tanto, no recuerdo una rutina sin pensar en lo que escribir. Cualquier cosa que veo, que sucede o que hablo con mis amigos es un material potencial para las columnas... A veces, es angustioso porque ves que llega el sábado (cuando suelo escribir) y tengo que rebuscar en el móvil estas ideas que voy apuntando. Otras veces, me encuentro notas del pasado que pueden conectar con lo que voy a escribir, y otros sábados tengo muy claro lo que tratar. También hay ocasiones que no tengo nada y cuando me dispongo, sale todo a la primera. Esas suelen ser las que más me gustan. La inspiración viene cuando menos te lo esperas”.

Pero, ¿Qué es escribir bien?, ¿Basta con ser natural?, ¿Basta con poner tres palabras aleatorias, con tipografía de máquina de escribir antigua, separadas por puntos, y subirlo a Twitter? “En la literatura pasa igual que con el fútbol, se confunde jugar bien con jugar bonito o feo. Jugar bien a fútbol es ser efectivo con tus armas, lo mismo que escribir bien. Lo primero es que te entiendan. Después, que el fondo tenga cuajo, que tengas algo que contar.



suerte o por desgracia porque, por otro lado, si lo que hiciera no fuera bueno, tendría que responder por mí mismo, no puedo echarle la culpa a nadie”.

Probablemente, esa libertad que tiene Enrique Ballester para realizar sus composiciones es la que ha causado que, como ha admitido en alguna ocasión, con las columnas se conozca y se enfrente a sí mismo. Esta concepción puede provocar que estas adquieran una forma particular de diario personal que revela a todos sus lectores. “Evidentemente, hay qué cosas que no se cuentan, pero es lo que tiene escribir siempre desde el ‘yo’. Una de las claves para resultar interesante hablando desde el ‘yo’ es reírte de ti mismo. Yo hago chistes, como he dicho antes, sobre jugadores, porque del primero de quién me río es de mí. Si mis columnas fueran una serie de televisión, el argumento sería la incapacidad de una persona para escapar de una pasión que no termina de entender y que solo le lleva disgustos, como lo es el fútbol. Si hablara de lo guapo que soy o de lo bien que me salen las cosas, sería muy cargante, además de que me estaría fli- pando demasiado. Por eso estoy cómodo contando mis penurias”.

Cualquier tiempo pasado fue mejor, o eso dicen, pero, en realidad, no es que sea mejor, sino que se echa de menos. El sentimiento de no tener algo de lo que antes

se disfrutaba es el motor de este dicho. Enrique, en muchas de sus composiciones, ha dejado entrever que añora su pasado, su vida de niño, y que con el paso del tiempo ha cambiado su visión con respecto al fútbol. “Yo echo de menos ser joven. Y cada año que soy más viejo, más lo echo de menos. Por muy feliz que puedas ser con tu vida actual, como ser joven no hay nada. Nos auto engañamos y nos engañan los anuncios de coches, pero yo creo que no hay nada comparable con la juventud. También echo de menos la inconsciencia

tuve unos jefes que me daban libertad y que actuaban como paraguas si alguien se quejaba. Gracias a ello, cuando se me dio la oportunidad de escribir para un público más amplio, yo llevaba unas 400 columnas escritas a lo largo de mi vida, y creo que sin ese bagaje previo, las que recojo en los últimos libros hubieran sido bastante peores. Por eso, cuando hablo con gente joven, siempre les digo que cada cosa tiene su momento. *Infrafútbol* lo escribí con 30 años y los mismo hubiera podido escribirlo con 24, pero probablemente hu-

“HAGO CHISTES DE LOS DEMÁS PORQUE DEL PRIMERO QUE ME RÍO ES DE MÍ”

que yo me gastaba en los primeros años escribiendo columnas, porque le echaba mucho morro, seguramente porque escribía para un medio más pequeño y me leía menos gente (cosa que, a veces, es peor, porque escribes de gente más cercana). Dominaba menos la técnica de escritura o las estructuras de la columna, pero era muy osado. Yo leo columnas mías de 2005 o 2006 y pensaba que cómo podía estar tan seguro de mí mismo para escribir eso, pero

biera sido un peor libro. Las cosas llegan cuando tienen que llegar, y lo mejor es afrontar cada una como si fuera la más importante. Al final, así es como se mejora. Eso también nos lo enseña el fútbol con personas como Messi, Cristiano, Modrić... Que después de haber sido los mejores, se esfuerzan por serlo aún más. Son unos auténticos psicópatas, porque para eso, al igual que en periodismo, te tiene que gustar. La perfección no existe, siempre se

“Luiche”, cegado por la Barraca



Enrique Ballester comenzó escribiendo desde Suecia, cuando se fue de Erasmus siendo aún estudiante universitario. Empezó a trabajar para el periódico provincial “Levante-EMV”, donde trasladó sus columnas para, tiempo después, abrirse paso en “El Periódico”, medio en el que las sigue publicando, a día de hoy, todos los domingos. También se ha dejado ver en sitios como “El día después”, “Panenka”, “Líbero”... Ha sido y es fiel seguidor del Club Deportivo Castellón.

Cuenta que, de toda su vida futbolera, el entrenador que más le ha marcado es Luis García “Luiche”, técnico con el que se produjo el último ascenso del Castellón Primera División.

Ascenso que se forjó a base de barraca (juego defensivo), ya que el equipo necesitaba 2 puntos en las últimas dos jornadas para ascender. Se empataron a cero ambos encuentros: el Castellón ascendió.

Ya en primera, y siguiendo la tónica dominante de marcadores, el equipo cosechó otro empate a cero en el primer partido de casa contra el Real Madrid. “Luiche”, tras el duelo, admitió que no era tan difícil anular al conjunto blanco. En el partido de vuelta perdieron por 6-0.

En otra gran noche, cuando el equipo visitaba el Cap Nou, los jugadores se concentraban dando patadas a la pelota en el vestuario antes del encuentro, cuando se produjo la memorable charla técnica de “Luiche”. “Aprovechad y tocadla aquí” -refiriéndose a la pelota- “porque ahí arriba no la vais a oler”.

Para más inri, el técnico no se quitaba las gafas de sol nunca, incluso en los cromos de LaLiga, salía con ellas puestas. Esto hizo pensar a los niños seguidores del Castellón (entre ellos Enrique Ballester) que su entrenador era ciego.

Sin duda, una persona con carisma.

puede ser mejor y eso es lo que hay que ir buscando desde que eres joven”.

Vayamos al grano. Después de toda la entrevista hablando de sus columnas, no se ha hablado de sus columnas. Como cuando en un examen escribes cosas sin sentido para llenar espacio, que se refieren al tema, pero no hablan de él. Sin falta [No se puede evitar], es el título de una de ellas, donde habita la siguiente cita: “la vida es más fácil cuando crees”. En esta composición se hablan de cosas que, aun sabiendo que no hay que hacer, son inevitables, ¿Es esta frase la que da sentido al fútbol? “Por supuesto. Cualquier equipo tiene que creer en la idea para jugar bien, ya sea dar 85 pases antes de tirar a puerta, o que esté prohibido dar más de 5 pases para chutar. Lo primero es la convicción. Lo primero que tiene que transmitir un entrenador es que se crea en su idea, que puede ser tanto futbolística como emocional. ‘Ni la prensa, ni la directiva, ni la afición creen en nosotros, vamos a hacerles ver que están equivocados’, eso ya es una idea y hay que creer en ella. En la vida solo necesitamos algo que queramos de verdad, cuando eso se tiene, es más fácil superar cualquier obstáculo”. Y es que cada año nos ilusionamos con un fichaje que nunca llega o con un ascenso del que siempre se queda a las puertas, pero ese el motor del fútbol. “El fútbol nos permite ser niños y volver a ilusionarnos cada año con algo que sabemos que es difícil. Aunque la razón te diga que no, el fútbol ha demostrado que todo es posible, y por esa pequeña posibilidad, uno sigue creyendo. Y es que esos pequeños momentos de alegría, luego te compensan todo lo sufrido. Por ejemplo, el otro día estaba viendo un partido del Castellón y hubo una jugada en la que un jugador nuestro se adentraba en el área cuando se despistó y casi se le marcha el balón por línea de fondo. Consiguió mantenerla, pero se la dio al otro equipo, que salió a la contra. La recuperamos y, de vuelta, en un cinco para uno, nuestro lateral centró y el balón se salió del campo. En ese momento pensé: estoy aquí, con 38 años, pendiente de unos seres adultos que quizás no estén capacitados para la práctica deportiva... ¡Encima estoy pagando por ello! No tiene ningún sentido, pero si luego nos salvamos, ese momento será más feliz que todo esto”.

En Podría estar peor [Arrepentirte], Enrique Ballester declara que la expresión “podría estar mejor” es más propia de la etapa de juventud y, en cambio, “podría estar peor” se corresponde más con la adultez. Quizás se deba a que el conformismo tiene una relación directa con la

edad. “Por lo general, la realidad que uno tiene de adulto, raramente alcanza las expectativas que se tienen de joven. Normalmente, la vida adulta va ligada a una responsabilidad que no terminan de explicarte muy bien ni tus padres, ni el colegio, ni las series de televisión -si me lo explicaban, yo no estaba atento-. Llevándolo al fútbol, cuando era joven, era más exigente e impaciente con mi equipo, ahora tiendo a ser más comprensivo y resignado con las limitaciones propias, pero también me parece que es la única manera de evitar vivir en una inconformidad tóxica y continua. Hay que aceptar las limitaciones propias, las de tu equipo, las de tu familia, las de tus hijos... La sociedad nos ha atiborrado a mensajes dirigidos a un culto a la perfección, a la belleza, al dinero, al consumo... Que genera mucha frustración y toxicidad. En ese sentido, para mucha gente va a ser bastante sano ver el declive de personas como Cristiano, Messi, Mourinho, Guardiola... No somos perfectos”.

Haciendo gala de su clara capacidad predictiva, Ballester, en su columna Mega-Copa [Qué se creen], comunica que el negocio del fútbol se basa en “tomarnos por niños o por tontos”, tema que viene como anillo al dedo en tiempos donde la Superliga ha estado a la orden del día. “-Podemos ser niños tontos también-. De esa columna surgen varias ideas; 1. Que el nombre es muy estúpido: “Superliga”, “Supercopa”... Estaría bien que la UEFA hubiera contraatacado con una “Megaliga”, seguro que el proyecto dura menos que el de sus rivales; 2. Llega un punto en el que sabes que te la están metiendo doblada, que el fútbol se está alejando mucho de aquello que te conquistó de niño: la Superliga, la Supercopa en Arabia, el Mundial en Qatar, los clubes estado... Pero al final llega un momento en el que te rindes. Tragamos con la Supercopa en Arabia, tragamos con el Mundial en Qatar y tragaremos con la Superliga. No será igual, pero a los que mandan les dará igual, encontrará una clientela nueva y, además, nosotros seguiremos ahí. Será una lástima, sobre todo por el modelo de competición cerrada. Yo soy de un equipo humilde, pero quiero soñar un día con hacer la del Fútbol Mánager. Aunque sea muy poco probable, yo me quiero acostar hoy y pensar que mi hijo va a meter el gol de la final con la camiseta del Castellón, y tampoco negarle a él ese mismo sueño que yo tenía de niño. Pero bueno, si no, que juegue al bádminton”.

Aunque, para qué engañarse, estando el fútbol, esa opción es muy poco probable. Sin quitarle mérito al bádminton, resulta que el fútbol atañe a todos los ámbitos de



la vida. Incluida la sociedad en sí. Este, a lo largo de los tiempos, ha sido capaz de confrontar a países, de unirlos en tiempos de guerra, de crear respeto entre dos extremos del mundo... El fútbol resulta vital, entre otras cosas, por ser un desahogo del día a día, una poción para borrar la memoria de todo lo que ocurre durante algo menos de dos horas. El fútbol y lo que lo rodea, por paradójico que parezca, se anotaja más importante, aún si cabe, cuanto peor es el contexto en que se vive. “Es un tema delicado canalizar las tensiones políticas, sociales o identitarias a través del fútbol. Yo creo que, primero, es un tema antropológico. Sentimos la necesidad de canalizar, y si el fútbol no existiera, lo haríamos por otro lado, probablemente menos agresivo. Yo creo que no es malo que el fútbol canalice todo eso. Como dice Paul Auster, ‘el fútbol es el invento que encontró Europa para odiarse sin destuirse’. Aquí en España hemos visto, en la década pasada, Clásicos súper tensos en tiempo de políticos anodinos y aburridos; y ahora tenemos lo contrario, Clásicos que ni fu ni fa, y políticos más agresivos. Yo prefería lo primero, aunque tampoco sé si hay una relación directa”.

El fútbol, y la gente junto a él, vive por y para el gol. Todo el mundo recuerda un gol especial. El que le hizo abrazarse a un desconocido, el de la remontada épica, el inesperado... “El más especial para mí fue el del último ascenso del Castellón a 2ªB en 2018. Tras siete años en 3ª, el equipo consiguió subir con un gol de un chico de la ciudad. Eso que me preguntabas al principio de cómo había influido ser del Caste-

llón y escribir para él y no para un equipo más grande, mereció la pena justo en ese momento, en el momento de hacer la crónica del ascenso a la salida del estadio. Todo encajó. Ya me podía ir tranquilo. Ahora que mi trabajo principal no es sobre el Castellón, me siento en paz absoluta con el equipo gracias a ese gol, que en la historia del fútbol será muy poco, pero llevaba una carga emocional y de unión grandísima”.

A fin de cuentas, este tipo de cosas son las que harán que el fútbol no se separe nunca de Enrique Ballester y Enrique Ballester nunca se separe del fútbol. “De alguna manera, siempre permaneceremos unidos. Yo conozco a gente que es periodista deportivo y no le gusta el fútbol, o lo ve cuando se trata de trabajo, exclusivamente. No es mi caso, a mí me gusta el fútbol, yo veo mucho fútbol. Tengo esa tara. Ahora hay gente que se aburre, que ven los partidos muy largos. A mí no me pasa. Yo creo que hay dos personas en España que ven todos los partidos completos hoy en día: Mariano Rajoy y yo. A mí me gusta ver un Osasuna-Elche, un Alavés-Cádiz, un Castellón-Lugo o un Cartagena-Albacete, porque me gusta. Aparte de todas las connotaciones que hemos dicho que el fútbol tiene alrededor, el juego en sí gusta. Me gusta verlo, jugarlo... Me parece un juego divertido, imprevisible, en el que el desgaste y el aburrimiento son factores importantes, es un juego de momentos, simple y, a la vez, complejo... Con mayor o menor pasión, creo que el fútbol me seguirá interesando para siempre”.

El periodista y el entrevistado llevan hablando durante, aproximadamente, una

hora sobre fútbol. Y es que es imposible parar de hablar sobre este tema entre dos personas que lo aman. Aún así, y por más temas que traten, debatan o discutan, ¿Cómo saber ciertamente si alguien sabe de fútbol? , ¿Qué parámetro se sigue para determinar quién entiende y quién no entiende sobre este deporte? Uno puede saber cocinar un huevo o hacerse macarrones, pero, ¿Sabe de cocina? Puede saber los caballos de un coche y el modelo del motor con solo escucharlo, pero, ¿Es buen conductor? El fútbol es algo tan amplio y tan subjetivo que es imposible saber con certeza si se sabe de él, valga la redundancia. “Yo no sé quién sabe de fútbol, pero sí sé quién no tiene ni puta idea. Saber de fútbol no implica ganar. O ganar no implica saber sobre él. Cualquiera tiene razón y a la vez no la tiene. Eso también es lo bonito del fútbol”.

Enrique Ballester, en esta charla, ha enseñado que lo bonito del fútbol es que ordena la vida, que espera, que abraza sin pedir nada. Que lo bonito del fútbol es que de momentos particulares, se obtienen coincidencias universales. Que no hay equipos pequeños si estos te hacen sentir que ha valido la pena el tiempo. Que hay cosas que se sabe que no se pueden hacer y, en cambio, son con las que menos se duda. Que lo bonito del fútbol es que tu hijo te pida un partidillo, que hace recordar más momentos de la juventud con personajes como un chaval que marca el gol del ascenso del equipo de su pueblo, o un entrenador que creían ciego. Que lo bonito del fútbol es también lo que pasa en el estadio, el gol en el 90', el césped en mal estado, las medias bajadas a la altura de las espinilleras, la indignación por el penalti que ha pitado el árbitro u, hoy en día, por la interpretación que el VAR ha tenido de la mano dentro del área. Lo bonito de fútbol es que no debe nada, somos nosotros los que estamos endeudados con él. Enrique Ballester ha explicado que lo bonito del fútbol es que el Leicester pueda ganar la Premier, el Oporto la Champions o su hijo pueda marcar el gol en la final de Copa con el Castellón. Al menos tener la posibilidad. Que el ser humano no es perfecto, que hasta Cristiano se despeina y a Iniesta lo expulsan. Ha explicado que no hay nada más inexplicable que el fútbol.

Así, el árbitro pita el final del partido, periodista y entrevistado se dan la mano y aplauden a la afición. El estadio apaga las luces a eso de las 00:10h. y el aficionado marcha a casa, deja la bufanda del equipo en la perchera de la entrada y se acuesta pensando en el día de mañana, un nuevo miércoles de Champions.